

Y pasarán años, y siglos; las generaciones sucederán a las generaciones; fundaránse y caerán Estados, Monarquías, Repúblicas, Imperios; cambiarán los usos y las costumbres; tendrá la civilización, sol de la humanidad, como el sol de la naturaleza, sus ortos y sus ocasos y sus eclipses; y sin embargo, de la memoria de los creyentes, cada vez mayor número, no se borrará el nombre de Jesucristo, ni de su conciencia las enseñanzas de su doctrina, ni de su corazón el amor á quien les salvó a costa de su humillación y de su existencia.

El Mártir del Gòigola es, sin duda alguna, el Hijo de Dios, no sólo considerando por la ceguedad inconsciente y puramente sentimental de la fe, sino ante la luz de la razón. Sentir amor por una causa política; ver en ella la felicidad de un pueblo, creer que su triunfo más o menos lejano ha de ser seguro y ruidoso y que la victoria ha de reflejar los rayos de su brillante antorcha sobre el que, con su palabra, con su doctrina, con sus hechos, ha sido la causa principal de aquélla: todo éso aunque haya de comenzar por la persecución, por el sacrificio, por la muerte del propagandista, es comprensible porque es humano, y es humano porque á la idea de un gran mal se une la de un bien grandísimo, a la idea de un padecimiento material, y aún moral, pero limitado, finito, se junta la de un triunfo y la de una apoteosis, sino eterna, porque la humanidad no lo es, tan duraderos como la humanidad misma.

Pero tener la conciencia de que ese maravilloso éxito, aún que vaya en aumento, aunque progrese a pesar de todos los obstáculos, no ha de completarse, porque para que fuese completo sería necesario que el individuo, átomo de que están compuestas las sociedades, fuese perfecto y no puede serlo; poseer la convicción de que el inmenso bien que se hace no ha de ser nunca debidamente agradecido; expresarlo por medio de las proféticas palabras; «Mi reino no es de este mundo, y sin embargo, morir por el mismo mundo que jamás ha de aclamarle por rey, y morir casi con la sonrisa en los labios, perdonando a los enemigos; más que perdonándolos todavía, salvándolos, éso es superior a la flaqueza humana por alto que se suponga el grado a que consiga elevarse su heroísmo, éso es capaz de realizarlo el Hombre-Dios.

Por éso hemos dicho al principio que, ante la magnitud del hecho que hoy conmemora la Iglesia, quedan anulados todos los demás, y por éso nos encontramos sin fuerzas para ocuparnos de ellos, y nos limitamos a decir a los que, con nosotros, comulgan en Cristo: No es esta ocasión de pensar, sino de sentir; sintamos y que las fibras de nuestros corazones no vibren sino de amor al que se sacrificó por salvarnos, pues, ni aún haciéndolo así, podrá aproximarse siquiera nuestra gratitud a la altura que alcanzó su sacrificio.

A. Santapau

